

Ejecución en Francia

Otra vez la guillotina. Al alba del 28 de julio, en la prisión de Marsella, ha sido ejecutado un joven delincuente: Christian Ranucci, veintidós años. Era un asesino. El fiscal le había acusado de "monstruo". Era, en efecto, un asesino. Diez navajas y una piedra para matar a su víctima. Una pequeña española: María Dolores Rambla, ocho años. En su biografía, los datos que podrían justificar: una madre tiránica, que le hizo odiar a un padre ausente. Un padre brutal. Con su retaguardia biográfica, también: "Nunca había sido así, pero después de hacer la guerra de Indochina...". La madre vivía con el horror del padre, se lo inculcaba a su hijo, le hacía temer que el padre le secuestrase un día. Christian había vivido prácticamente encerrado toda su vida. La vida que ha sido corta, que ha acortado la guillotina del Estado francés. La primera vez que salió solo por la noche, secuestró una niña. Tampoco lo hizo deliberadamente. Su madre le había encomendado que recogiera a alguien en la carretera para no ir solo. Recogió a María Dolores Rambla. Pasó inadvertidamente un dis-

co rojo, se estrelló contra otro automóvil: huyó. Se llevó a la niña de la mano, quizá a la fuerza. Este débil mental, este niño-topo, encerrado por miedo al padre, se encontró por primera vez con una situación que le desbordaba. Educado para tener miedo, tuvo miedo. Todo había sido pensado por él: él no su-

la sociedad actual. Cuando se es carba, por una razón cualquiera, en las vidas de las personas, se encuentran siempre o casi siempre estos factores de enfermedad social. Vivimos en una sociedad donde la razón duerme y engendra monstruos. O seres que no saben responder a las circunstancias im-

Juan Aldebarán

po pensar. Quiso huir, bosque adelante, con la niña-testigo, mientras se le perseguía. La niña iba a ser en ese momento su peor enemigo: la que podía declarar, la que podía acusarle. La mató brutalmente. El Tribunal no encontró ninguna circunstancia atenuante.

¿Justifica algo esa biografía escalofriante, excusa algo la locura de una circunstancia imprevista, el pánico que se le vino encima desde la más lejana noche de su infancia? Probablemente nada. Con biografías iguales o peores, otras personas han sido genios, o han sido ciudadanos medios. O han pasado toda su vida en la melancolía y en la inseguridad. Hay algo terrible en

previstas de la vida. Podría haber ocurrido que Ranucci hubiese detenido su vehículo correctamente en el semáforo, o que aun saltándolo, no hubiese encontrado otro coche en su camino: la niña habría llegado a su destino recordando siempre que un joven muy amable la había llevado en su automóvil: podría haber ocurrido que Christian Ranucci no hubiese matado jamás. Quizá podría decirse que algo de predestinación había en esta forma de conducir; quizá podría decirse, también, que había algo de predestinación hacia la catástrofe en que una niña de ocho años se confiase a un desconocido. Caeríamos en la trivialidad de suponer que hay per-



Christian Ranucci: ¿justifica algo a una sociedad que mata?

sonas destinadas a la catástrofe, y que la catástrofe sobreviene siempre. O en el vicio típico de la sociedad conservadora: acusar a los padres. Si el padre de Ranucci no hubiese sido brutal, si su madre no hubiese estado enferma de miedo... Pero entonces tendríamos que retroceder al padre del padre, al padre de la madre: ¿por qué crearon una criatura brutal, o una criatura dominada por el pánico? Y así, saltando atrás y a los lados, acusando una vez a la guerra de Indochina y otra a la mundial, quizá al alcohol, tal vez a la enseñanza primaria, llegaríamos solamente a la conclusión general: la sociedad produce monstruos. Y cuando saltan, los mata. Como ha matado a este pobre ciudadano de última clase.

Nada justifica a un hombre que mata. Pero ¿justifica algo a una sociedad que mata? Lo que está aquí, patente una vez más, en la otra monstruosidad, la de la pena de muerte. La guillotina al amanecer es algo demasiado sórdido. No es frecuente. Once guillotinos bajo la Presidencia del general De Gaulle (pero no se sabe cuántos, en ese mismo período de 1960 a 1969, en la guerra de Argelia), tres bajo la Presidencia de Pompidou. Este, ahora, bajo la Presidencia de Giscard (pero hay otro condenado esperando la gracia o la muerte: quizá la reacción actual contra la pena de muerte le salve, quizá el precedente de esta ejecución le mate. Intervienen muchos factores). Un guillotinado por año. No es una estadística abrumadora, pero es un recuerdo continuo de que esta sociedad mata a sus hijos.

Saltan de nuevo todos los argumentos en pro y en contra de las ejecuciones. Se sabe ya que la pena de muerte está en regresión

Líbano UNA AGONIA

Se está produciendo una agonía: la de los palestinos en el Líbano. La del Líbano mismo como nación. Se está produciendo en circunstancias de confusión y drama. El acuerdo de Damasco del jueves pasado, entre la OLP y el Gobierno sirio, es ya un acuerdo de cesión y pérdida: admite la presencia permanente de las fuerzas sirias en el Líbano, el control de los palestinos por Siria. Es un acuerdo "in extremis"; y aun así, no se cumple. Arafat ha perdido con él el apoyo de su izquierda: se justifica diciendo que es una manera de evitar que los palestinos sean diezmados en un combate que les es desigual, pero está perdiendo velozmente su prestigio. Al mismo tiempo ha perdido su baza diplomática al pretender ayuda (secreta o clandestina) de Egipto. Quizá no quedara otra salida: el Ejército sirio y los cristianos libaneses están arrasando las últimas defensas de los musulmanes libaneses y los palestinos. La posibilidad de que el Líbano sea dominado por los cristianos armados, que lleguen a no aceptar la existencia del Presidente electo, Sakirís, y conviertan el país en una dictadura que no dejaría de ser sangrienta, con el apoyo de Siria, de Israel y los Estados Unidos no es disparatada.

Uno de los testimonios más terroríficos de esta agonía es la del campo de Tel Al Zaatar. Un campo de refugiados palestinos cercado por los cristianos derechistas libaneses. El sábado se emitió un mensaje desde el interior del campo sitiado, donde hay treinta mil personas; lo radiaba un médico sueco, el doctor Lars Smedmann: "Si no se hace nada, estaremos todos muertos en el plazo de tres días. Apenas nos queda agua. No se puede hablar de hospitales: hay simplemente unos lugares donde se apilan los heridos,

unos encima de otros. Todo lo que puedo hacer es elegir aquellos que tienen más posibilidades de sobrevivir e intentar cortarles las hemorragias". Se han hecho numerosos intentos por parte de la Cruz Roja Internacional para llegar hasta el campo: se han obtenido permisos de los sitiadores, pero en la realidad no se ha permitido acercarse a los portadores de socorros.

El cerco dura ya cuatro semanas. Los cercados temen que la entrada de los sitiadores constituya una matanza general. Su suerte depende de que se lleven adelante los acuerdos de Damasco y en ellos se fije el fin del sitio y un control del campo por la Cruz Roja Internacional y por los soldados sirios.

El final de los palestinos del Líbano sería una diáspora, una dispersión por los países árabes. El genocidio que comenzó con la expulsión de su país al establecerse el Estado de Israel lo están consumando ahora sus compatriotas y sus hermanos árabes. La tragedia del campo de Tel Al Zaatar sería la culminación más visible de ese genocidio.

Pero no con ello se extingue la posibilidad de acción de las guerrillas, de los comandos, del terrorismo palestino. Sería, sin duda, criticado y condenado una vez más por el mundo que se considera civilizado. Pero difícilmente se haría nunca la autocrítica de en qué condiciones esta sociedad ha permitido, año tras año, la lenta destrucción de todo un pueblo, y de cómo esa colaboración mundial contra los palestinos les ha ido llevando a la situación de desesperación en que pueden encontrarse en guerra contra todos. ■

ME AMARE EN LA LEY SOBRE LIBERTAD DE INFORMACION PARA SOLICITAR POR ESCRITO EL BOSSIER QUE SOBRE MI PERSONA GUARDA EL F.B.I.



Y ESTO ES LO QUE DICE MI BOSSIER: EL 12 DE OCTUBRE DE 1966 TRATO DE LIGAR CON UNA CHICA EN LA MANIFESTACION PRO DERECHOS CIVILES. NO LO CONSIGUIO



EL 1 DE FEBRERO DE 1976 INTENTO LIGAR CON UNA MUCHACHA EN PLENA MARCHA DE LA PAZ. NUEVO FRACASO



EL 10 DE ABRIL DE 1968 TRATO DE ACERCARSE A UNA CHICA EN UN MITIN PRO-ELECTORAL PRO MCCARTHY EN VANO



EL 5 DE NOVIEMBRE DE 1972 INTENTO LIGAR CON UNA MUCHACHA EN LA CONFERENCIA DE LIBERACION DE LA MUJER. PUE EXPULSADO DE LA SALA



AÑO TRAS AÑO DE HOMILLACION SEXUAL, Y TODO EN LOS ARCHIVOS



NO MAS POLITICA

©1976 GILES FEEFFER 2-15

Ejecución en Francia

en el mundo, y que disminuye a medida que las civilizaciones, las culturas, se consideran más avanzadas. Se sabe que hay también una actitud siempre inconforme por parte de algunas capas sociales. En los Estados Unidos se había abolido, por decisión del Tribunal Supremo, hace años: se declaró inconstitucional. Ahora el mismo Tribunal vuelve a considerar posible su restablecimiento. En Francia, el único país europeo occidental donde se mantiene, junto con España, no se cumplía desde 1973. Ha vuelto. Una parte del Gobierno ha fortalecido la opinión pública favorable a la ejecución. Poniatowski, la cara rígida del régimen, habla explicado que había que cumplir las penas de muerte en los casos de secuestros de rehenes, en los de asesinatos de niños, en los de muerte de policías. "Contrariamente a lo que todo el mundo dice, creo en una cierta medida en la capacidad de disuasión de la pena de muerte". No deja de ser indignante que un gobernante actúe "contrariamente a lo que todo el mundo dice". En cambio, el rostro sonriente de este mismo régimen, Giscard d'Estaing, decla que "tengo, naturalmente, como todo el mundo, una aversión profunda por la pena de muerte", pero ha sido él quien ha rechazado el recurso de gracia, reservado a los Jefes de Estado.

El tema es el de siempre: la pena de muerte disuade o no de matar a otros asesinos en potencia. El argumento contrario a la pena de muerte es el de que desde que se conoce la historia de la Humanidad, la pena de muerte se ha ejecutado siempre (y en años pretéritos, con una frecuencia espantosa y sin voces en contra), y ello no ha disuadido a los asesinos; y el de que el asesino lo es sin tiempo para reflexionar en las consecuencias de su conducta. El argumento favorable a la pena de muerte es el de que no se podrá saber nunca cuántas personas han dejado de asesinar por miedo a ser castigadas con la muerte. Se vive en el terreno de las suposiciones. Es el mismo diálogo que se mantiene en toda la cuestión general del comportamiento del Estado para con sus súbditos: si las sociedades permisivas producen mayor número de delinquentes que las sociedades rígidas. Las estadísticas son inconcluyentes, y se llega siempre al mismo lugar de partida: si el hombre es "bueno" por naturaleza y maleado por la sociedad, o si es "malo" por naturaleza y debe ser reprimido. Son respuestas que corresponden generalmente a una actitud de izquierdas y de derechas. Pero se diluye cada vez más el sentido de "bueno" o "malo", y se pierde el de

"Naturaleza". No encontramos en el terreno del sinsentido.

La pena de muerte aparece cada vez más como una venganza. Aparece también como un producto de las circunstancias en las sociedades llamadas reflexivas. Un mismo ciudadano habría sido indultado o no condenado por un mismo delito en una época diferente.

La posibilidad de reformar la sociedad de forma que no produzca estos seres deformes a los que llamamos asesinos, y reduzca al mínimo a los considerados como delinquentes, es sin duda utópica. Pero esa utopía es el objeto de toda política. Esto es, de toda política ética, de toda reflexión doctrinal o ideológica sobre la condición humana. No se hace adelantar el concepto de convivencia. Una de las maneras de hacer posible la utopía de la convivencia, o el estado ruso-niano de inocencia —del que tanto se han burlado siempre los ricos, los conservadores, los derechistas— es luchar por la abolición de la pena de muerte. Si se considera a los Estados como la punta avanzada de la civilización —lo cual no es fácil en estos tiempos ni en los históricos—, son ellos los que deben dar ejemplo. El ejemplo no es el de matar: es el de no matar a nadie, delincuente o no. Aparte las estadísticas, aparte las consideraciones jurídicas, la pena de muerte sigue siendo un símbolo, un lenguaje. Es el lenguaje de un poder que no perdona y es el de una sociedad donde se puede matar. Todo el esfuerzo que se viene haciendo en el mundo desde hace siglos por sacralizar la vida humana, y el cristianismo tiene gran parte en ello —no ya la Iglesia, que no se ha abstenido nunca de matar cuando lo ha considerado necesario y cuando ha tenido el poder para hacerlo—, se rompe cada vez que se ejecuta a un condenado.

La guillotina de Marsella acaba de romper una vez más esa esperanza. No es la única. Hay ejecuciones casi a diario en el mundo: en Uganda o en Etiopía, en Vietnam, en la URSS. Se protesta menos de ellas en Occidente de lo que se puede protestar cuando una pena de muerte se cumple en Francia, en Estados Unidos o en España. No hay que ver en ello una irregularidad o una injusticia, sino una forma de modificar la sociedad a la que uno pertenece: un deseo de separarse con la protesta de esa sociedad o de sus directores, una posibilidad de influir en ellos más que en lo que se puede influir en "los otros".

El debate, desgraciadamente, no ha terminado. Es un debate viejo y, por lo que se ve, continúa. Pero es el momento de aprovechar, una vez más, esta circunstancia para pedir la abolición de la pena de muerte y, en cualquier caso, la utilización inmediata del derecho de gracia cada vez que se pronuncie una condena. ■ J. A.